

## *La “niña salvaje” del Paraguay. Una microhistoria de la etnografía americanista 1902-2016, de Verushka Alvizuri*

*Cecilia Salazar de la Torre*<sup>1</sup>

El libro *La “niña salvaje” del Paraguay. Una microhistoria de la etnografía americanista 1902-2016* es una gran contribución a la discusión sobre la relación sujeto-objeto de conocimiento. Su temática tiene un doble desafío: en primer lugar, da cuenta de la cultura científica que, en el campo de la antropología “americanista” de principios del siglo XX, instituyó la alteridad indígena; en segundo lugar, otorga el estatus de objeto a quienes hace un siglo eran sujetos del conocimiento, es decir, a los expertos de la antropología “americanista”. Por ambas vías, el libro se propone entablar una provocadora discusión en torno a la relación que el conocimiento –es decir, el modelo de interpretación cultural– ha establecido con el mundo indígena, tarea sobre la que su autora, Verushka Alvizuri, ya había dado pasos importantes en otra de sus obras (Alvizuri, 2019).

Sin embargo, lo que podría considerarse como el “espíritu” del libro va más allá. Verushka Alvizuri se detiene largamente en tratar los puntos antes señalados tanto en la primera como en la segunda parte, pero manteniendo latente entre sus páginas lo que finalmente desemboca en la historia de Maryvonne, el nombre de la “niña salvaje del Paraguay”, en la tercera parte. A lo largo del desarrollo del texto, la autora va armando su propia posición al respecto. En otras palabras, a Alvizuri no le basta con describir el entramado institucional de la antropología “americanista”; busca dar cuenta de las consecuencias que este entramado tuvo, directamente, en la vida de

---

1 Investigadora del CIDES-UMSA, La Paz, Bolivia. [ceciliasalazar@cides.edu.bo](mailto:ceciliasalazar@cides.edu.bo)

una niña indígena. De ese modo, Alvizuri ha dado un paso fundamental respecto a su trabajo vinculado a la invención en la aymaridad, posicionándose como una intelectual que, además de investigar, toma partido. Lo hace sin menoscabo alguno de las disputas políticas en torno al conocimiento. A eso llamo el espíritu de su libro.

En su proceso, el libro reúne varios tópicos. Detengámonos brevemente en las dos primeras partes. En ellas, la autora hace una acuciosa investigación en torno al trabajo del médico francés Jehan Vellard, quien primero residió en el Brasil en calidad de etnólogo y luego en el Paraguay en calidad de etnógrafo, extrapolación que solo se entiende en un contexto en el que las ciencias humanas y sociales estaban abundantemente pobladas con los criterios de las ciencias naturales.

Una primera referencia es que Vellard se desenvuelve en un contexto institucional sobre el cual se había asentado la acción civilizadora y colonial de Francia desde el siglo XIX. Desde esta, el conocimiento científico –enraizado en el positivismo– transitaría en Sudamérica hacia la cosificación del mundo indígena. Por detrás se había instituido un aparato institucional que tuvo a Paul Rivet como uno de sus protagonistas. Autor del conocido libro *Los orígenes del hombre americano*, se convirtió en un interlocutor epistolar del que Vellard recibió consejos prácticos para llevar a cabo la tarea de recolectar, describir y clasificar los objetos “aplicados a las ciencias del hombre” (Alvizuri, 2024: 47).

La segunda referencia es la narrativa creada alrededor del etnógrafo como personaje, cuya capacidad para la aventura se glorifica, al tiempo que se afirma que, en aras de la ciencia, cumple su tarea como si fuera una *misión*. Finalmente, la tercera, el rol del Estado francés en la creación de las condiciones necesarias para que el conocimiento científico en África y Sudamérica se desarrolle, casi como lo hacían las expediciones coloniales.

En ese contexto se da el escenario en el que van a producirse los hechos: un Paraguay ocupado en reconstruirse como nación después de la guerra de la Triple Alianza, con un territorio conformado por latifundios, al que en gran parte no llegaba el Estado y, además, en vísperas de enfrentar una guerra con Bolivia en la región del Chaco (1932). En medio de todo, no

es menor el modo en que en el Paraguay se está enfrentando la cuestión indígena.

Es en esa situación donde tienen lugar dos eventos, vinculados a la relación sujeto-objeto: uno, referido a lo que se nombra como “descubrimiento” que, a decir de Alvizuri (2024: 121), “consiste en destacar el aislamiento social, lingüístico y biológico de un grupo humano ‘puro’, ‘nunca antes contactado’ previamente a la llegada del etnógrafo”; dos, la práctica de la recolección de objetos *guayakí* como “botín etnográfico”, del que forman parte dos niños como *seres vivos a observar*. Uno de ellos fallece, mientras que la segunda, Maryvonne, sobrevive por largo tiempo, mucho más allá de este episodio, luego de ser adoptada por Vellard (para observarla) y convivir toda su vida con él y la madre de este.

En este punto la autora desnuda el modo en que entonces se llevaba a cabo la producción de conocimiento, tomando en cuenta las representaciones científicas propias de ese momento histórico, sin relativizar la violencia que se entretrejía entre medio y que, entre otros, tiene que ver con los dispositivos de la “observación”. Lo hace con gran rigurosidad, sin perder de vista detalle alguno, poniendo cada aspecto en relación a lo que podríamos llamar su “genealogía”.

Una sucesión de imágenes desfila a partir de este encuentro entre sujeto (Jehan Vellard) y objeto (Maryvonne). Aquí vale la pena detenerse en dos cuestiones: la primera, los recursos a los que apela Alvizuri para reconstruir aquel encuentro o, más bien, su sentido, a partir de los informes que produce Vellard en torno al momento, y que trascienden a la prensa europea, científica o no, que acoge la “noticia” con una amplitud inusual. Alvizuri deja establecida la relación del historiador (ella) con el documento escrito y a este como fuente de significaciones colectivas.

Con eso en mano, la autora establece el ambiente cultural de la antropología americanista francesa, para la que el hecho de que Vellard se apropiara de Maryvonne para observarla se toma con benevolencia, dando pie a la relación entre la credibilidad de la ciencia y los “hombres de bien” (Alvizuri, 2024: 183) que, en el caso de Vellard, es la marca que le confiere su comunidad intelectual al haber “rescatado” a la niña de una vida sin sentido: la vida indígena. Además, hay una gran cantidad de artículos que se escriben sobre

ella, y se la expone en una conferencia de especialistas para dar cuenta de sus características antropométricas y raciales, tan propia de las exposiciones coloniales de la época, en las que se incluía zoos humanos (Egan, 2015).

La segunda cuestión es la experiencia misma de Maryvonne, la niña que nunca habló, “un personaje de papel” (Alvizuri, 2024: 193), de la que ni siquiera es posible escribir una biografía sino de manera retaceada, a la que su entorno adoptivo le auguró una vida adulta burguesa y que terminó como residente del Centro San Francisco de Asís, lugar de acogida para personas en situación de pobreza extrema en Iquique, Perú. Y entre medio, una niñez, una adolescencia y una juventud en las que se formó un gusto estético por la música clásica, llegó a dominar varios idiomas y obtuvo conocimientos de biología y otros, signos de lo que la civilización consideraría como “una vida que vale la pena ser vivida” (Alvizuri, 2024: 186).

Para cerrar, en una entrevista periodística sobre este libro, la autora rememoró sus dudas acerca de su propio rol como “observadora”, y de si, al buscar a Maryvonne, no estaría completando un programa científico “que se construyó a expensas de esta niña” (Talavera 2024). Recuperando su talante histórico, ratifica la necesidad de mirar al pasado sin anacronismos, situándose en el contexto. Por lo tanto, afirma que su intención es comprender y no juzgar. A pesar de esto, no tengo ninguna duda de que su libro será un referente para desandar el camino de la ciencia colonial que, recurrentemente, ha acudido a todos los medios para imponerse sobre la alteridad e interpretarla, desconociendo su voz. A eso llamo el espíritu del libro.

## Bibliografía

Alvizuri, Veruschka (2009). *La construcción de la aymaridad*. Santa Cruz de la Sierra: El País.

Alvizuri, Veruschka (2024). *La “niña salvaje” del Paraguay. Una microhistoria de la etnografía americanista 1902-2016*. Santa Cruz de la Sierra: El País.

Egan, Nancy (2015). “La Odisea de Santos”, en *Umbrales* 29. La Paz: CIDES-UMSA.

Talavera, Maggy (2004). “Entrevista a Veruschka Alvizuri”, 3 de agosto de 2024. <https://www.facebook.com/maggytalavera/videos/867820538730228>